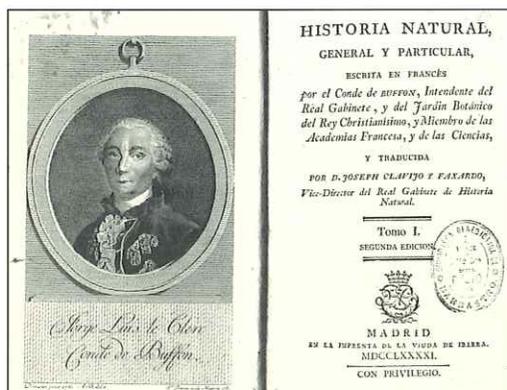


IMPRESA, PRENSA Y DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

No puede entenderse la Ilustración española sin hacer referencia al zaragozano Joaquín Ibarra y Marín (1725-1785). Formado en la imprenta de la Universidad de Cervera, que regentaba su hermano Manuel, alcanzó la fama al establecer en Madrid una de las mejores imprentas del siglo en el ámbito europeo, y obtener sucesivamente —a medida que se reconocía la altísima calidad de las obras que salían de sus manos— los títulos de impresor de la Real Academia Española (1779), del arzobispo primado y del Supremo Consejo de Indias, así como el de impresor de cámara del rey Carlos III.

Es tópico aceptado por todos que el libro fue, en el siglo de las luces, el vehículo más eficaz para la difusión de las ideas y para la penetración de las novedades europeas; también se constata que las mayores remesas de libros llegaban del extranjero (Venecia, Amberes, París, etcétera), que las tiradas en España durante todo el



Portada de la *Historia natural* de Buffon impresa por Ibarra. (Biblioteca del monasterio de El Pueyo)

siglo oscilaban entre los 1000 y los 1500 ejemplares como máximo y que la situación general de los impresores españoles no fue boyante, exceptuando unos pocos casos, entre los que se cuenta Ibarra. Si habitualmente se suele hablar de la calidad y hasta la fastuosidad de algunas de las ediciones más “oficiales” hechas por Ibarra (impresión de la *Ortografía* de 1770 y de la *Gramática* de 1771 de la Real Academia Española; de la traducción por el infante don Gabriel del *Salustio en español. La conjuración de Catilina y La guerra de Yugurta*, de 1772; del *Quijote*, sobre todo la edición de la Academia de 1780; del *Diccionario de la lengua castellana* del mismo año), no estará de más recordar también que Ibarra imprimió numerosísimas obras científicas de los más destacados ilustrados.³⁸ Las cumbres en este campo serían la edición, en 1785, de la traducción al castellano por José Clavijo y Fajardo de la *Historia natural general y particular* del conde de Buffon,

con dibujos de Maella y grabados de Selma, y la reedición de las obras de Nicolás Antonio *Bibliotheca hispana vetus* (1788) y *Bibliotheca hispana nova* (1783-1788).

Debemos recordar aquí la figura de **Francisco Mariano Nipho y Cagigal** (1719-1803), natural de Alcañiz (Teruel), no por haber sido secretario en el Gabinete de Historia Natural ni por haber publicado la obrita *Explicación física y moral de las causas [...] de los terremotos* (Madrid, 1755), sino porque es considerado el fundador del periodismo español moderno. De una actividad incansable, realizó numerosas traducciones —sobre todo del antifilósofo francés marqués de Caraccioli— y en 1763 el conde de Aranda le encargó³⁹ —por su postura relativamente moderada entre el bando de los afrancesados y el de los casticistas, al que estaba más próximo— un proyecto de reforma del teatro con vistas al cual elaboró una obra en la que, por primera vez en España, se hace referencia a Shakespeare.

Recortando un tanto los farragosos títulos dieciochescos, de entre los más de veinte periódicos que Nipho fundó merecen destacarse el *Diario Noticioso, Curioso-Erudito y Comercial, Público y Económico* (Madrid, 1758), pionero de la prensa diaria en España y en la Europa continental, el *Cajón de Sastre Literario* (Madrid, 1760-1761) y otros que tocan colateralmente algunos aspectos de la divulgación científica, como la *Estafeta de Londres: obra periódica, repartida en diferentes cartas en las que se declara*

**ESTAFETA
DE LONDRES,
Y EXTRACTO
DEL CORREO GENERAL
DE EUROPA,**

DISTRIBUIDO EN VARIAS CARTAS,
en las que se declara el proceder común de
la Inglaterra y se proponen medios casi in-
falibles de hacer feliz á España con el auxi-
lio de la Agricultura, Artes, Comercio, Ma-
rina, y Ciencias, &c.

Por D. Francisco Mariano Nipho.

TOMO PRIMERO.

CON PRIVILEGIO,
Y LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En la IMPRENTA de MIGUEL ESCRIBANO.
Madrid : Año 1779.

Portada de la *Estafeta de Londres*, de periódico fundado por Nipho. (Biblioteca del monasterio de El Pueyo)

el proceder de la Inglaterra respecto a sus costumbres, industrias, artes, literatura, comercio y marina (Madrid, 1762) o el *Correo General de España y Noticias Importantes de Agricultura, Artes, Manufacturas, Comercio, Industria y Ciencias* (4 vols., Madrid, 1769-1770), patrocinado por la Junta de Comercio.

Recordemos la opinión de Jean Sarrailh de que “los periódicos constituyen un buen testimonio del interés que tiene por las ciencias un sector amplio de la nación” y, como ejemplo del entrecruzamiento de ideas (progreso, felicidad pública, trabajo, adelantamiento científico, periodismo) que confluyen en el “famélico, pestilente y

tabernario Nipho” (epítetos que le endilgaron algunos de sus contemporáneos), veamos en concreto lo que expone en su *Correo General Histórico, Literario y Económico de la Europa (en continuación de la Estafeta de Londres)* (Madrid, 1763, trimestre primero). Periodista ante todo, Nipho reconoce de entrada (pp. 1-16) que “el Público es personaje de la mayor autoridad” para, acto seguido, convidarlo a participar en una obra de altas miras:

Todos debemos empeñarnos en una empresa de tanta gloria, como avivar el esplendor amortiguado de nuestra España [...]. Las Ciencias están esperando que abráis las puertas para introducir en vuestro Reyno la felicidad de que disfrutaban otros Estados cultos de la Europa.

Y explicita a continuación que su idea de “flanquear [sic] suavemente puerta libre a muchos conocimientos necesarios respecto a la Política, y modo de conducirse en Ciencias”, la llevará a efecto resumiendo, por medio de extractos

los Diarios de los Sabios, las Memorias Eruditas, las Ephemérides de los Curiosos, y otros muchos tratados Periódicos que salen en la Europa, [pues] son un resorte bien templado para imprimir oportuno movimiento en los espíritus, ya sea por medio de la emulación, que estimula, o por el sufragio de los premios, que se distribuyen anualmente a las tareas estudiosas.

Entrando más o menos en materia, en la carta I (pp. 1-32) establece una primera idea que habremos de ver repetida al final de este período:

Sobre que en España no harán progresos felices las Ciencias, ínterin no se enseñe en sus Universidades, radical y exactamente, la Historia de cada una.

Pero inmediatamente cae en la cuenta de que esa es medicina demasiado suave para enfermo tan grave:

demos que ya está impresa nuestra enunciada Historia: ¿Quién la leerá? Los Cavalleritos de las Oficinas Reales, y de otras Oficinas, no quieren pan con corteza, ni estudios, o lectura donde trabaje la reflexión, sino libros, o Cuadernitos de pasatiempo, donde haya poco que leer, y lo más para reír, porque sería usurparles el tiempo que necesitan para ir a tertulias, galanteos, y comedias; estos son los tres empleos en que más se ocupan.

Mas no desesperemos, que también había en España universidades, estudiantes y catedráticos:

¿Leerán la Historia propuesta los Estudiantes? Bueno ¡por vida mía! Sus propios Maestros, y Cathedráticos, que son los que más habían de interesarse en este estudio tan conveniente, serían los primeros, que se opongán, por una vanidad, de que todo lo saben.

Palabras que, casi textualmente, repetirá la Universidad de Salamanca ante la propuesta de reforma de los estudios que le planteará Pérez Bayer algunos años más tarde. Entonces, ¿cuál será el modo de remover tantos inconvenientes? Nipho, como la mayoría de los ilustrados, solo ve un camino: la intervención de las altas instancias del poder, del rey abajo:

España, en el día (no concurriendo a su restauración Reales Decretos, armados de constancia, y severidad), no puede ponerse en estado de recobrar su salud [...] y remediar [...] el atraso de casi cien años comparada con otros Reynos de la Europa.

La carta II la dedica a hacer un somero y rapidísimo repaso de la historia de las ciencias en los países de Europa, desde el comienzo de su restauración en Italia, pasando por la obra del “Metalographo” alemán Jorge Agrícola, por los adelantos en física y matemáticas de los industrioses y reflexivos ingleses (“los Chinos de la Europa”) gracias sobre todo a su Academia de Londres, y acabando con la gran luz que se difunde desde Francia tras la creación por Luis XIV de la Academia Real de las Ciencias en 1666.

Vemos que, de nuevo y como ya hiciera Luzán, se insiste en la importancia de las academias para lograr la difusión de las nuevas ciencias. Y en una amplísima nota al pie de varias páginas, tras recordar la fama

de físico, químico y astrónomo de que gozó en el siglo XV el marqués de Villena, se da un ejemplo concreto de la dejadez de los tiempos actuales:⁴⁰

La España, siempre poco, o nada jactanciosa de sus ingenios, y naturales riquezas, ha despreciado, por omisión, y no como algunos la insultan, por ignorancia, muchos beneficios [...]. Un testimonio ofrece Aragón: En lugar de San Juan [de Plan], Obispado de Barbastro, Monte de Lierri en el Pirineo, se halla el exquisito metal de la piedra Zafre, por otro nombre Kobol [cobalto], la que se lleva a Alemania en bruto; y beneficiada allí, con el socorro de la vetrificación, produce una ganancia asombrosa, particularmente a la Fundería de Vvirtemberg, Ducado de Souabia: El Príncipe, Señor absoluto de este dominio, ha establecido una Factoría en Aragón para la compra de dicho metal; y los mismos Alemanes, que hacen el transporte, confiesan, que este mineral es el más precioso de la Europa para hacer el azul de esmalte.

Ya puesto en el tema aragonés, en el volumen II, correspondiente al segundo trimestre de 1763, Nifo se explaya acerca de lo que Julio Caro Baroja llamaría “el mito del carácter nacional”. Antes de publicar la traducción de un artículo del *Journal des Savants* acerca del “Estado actual de la literatura en Europa”, dedica unas “Consideraciones” (pp. 1-9) “A un Señor Canónigo de la Metrópoli Cesaraugustana” —muy probablemente Ramón Pignatelli—. Leamos

estas meditaciones a contrapelo —pues ya se sabe que la patria de uno es, por definición, la mejor de las patrias posibles— y sírvannos únicamente como testimonio de lo que un aragonés del XVIII pensaba de sus paisanos:

Mucho deben los Aragoneses a Dios [...]. No hay duda. Que de todas las Provincias, y Reynos de España, en asunto de meditación, y profundidad, los Aragoneses se llevan la primacía [...]. El valor los ha respetado como a verdaderos valientes [...]. No hay la menor duda de que los Aragoneses son para todo; pero [...] tienen demasiado amor propio [...]. Anima toda la Nación un valor extraordinario para cualquier empresa difícil, o arriesgada; pero sucede por un preciso efecto de la inmoderada satisfacción de sí mismos, que el más leve desayre, que se conspire contra sus ideas los distrae, y separa de su intento glorioso.

“Y como ejemplo —parece decirnos Nifo— nadie mejor que yo mismo”, pues en la carta III (pp. 65-96), tras extractar de las *Memorias de Trévoux* el anuncio de la aparición de la obra *Elementos de agricultura* de Duhamel, de la Academia Real de las Ciencias de París, concluye diciendo:

No me ha movido otro impulso a dar noticia de esta obra, sino el ardiente deseo que tengo de que se le procuren todas las ventajas posibles a la Agricultura de España [...]. Traduciría esta, y otras Obras [...], pero se me apoca el tesón al

considerar, que imprimir en España libros provechosos no es más que proveer de papel perdido a los Confiteros.